

se chorrea, reluciente. Va lloviendo... lloviendo... Dios mío; ¡cómo llueve!

A corta distancia de nosotros medio pegado al carruaje marcha un señor alto, vestido de negro, empujando una varilla de ébano: es el maestro de ceremonias, ó como si dijéramos, el gran chambelán de la muerte. Al igual que todos los chambelanes ciñe espada y lleva manto de seda, calzón corto y clac. ¿Será alucinación mía? Encuentro el parecido de este hombre muy semejante al señor Viot, ceador general del colegio de Sarlande. Tiene su misma estatura, ladea como él la cabeza sobre el hombro y cada vez que me mira, se dibuja en sus labios la sonrisa glacial y falsa, que vagaba en los del terrible llavero del colegio. Tal vez no sea el señor Viot; será su sombra.

El fúnebre carruaje avanza en su camino... pero tan lentamente... No parece sino que nunca acabaremos de llegar. Por fin, nos encontramos en un triste jardín cubierto de amarillento lodo en el cual nos hundimos hasta los tobillos. Hacemos alto al borde de una fosa. Dos hombres con capa corta conducen en brazos un ataúd grande y pesado que es preciso bajar al hoyo. Difícil operación; pues las cuerdas envaradas por la lluvia, apenas resbalan. Oigo á uno de aquellos hombres que grita:

—¡Los pies delante! ¡Los pies delante!

Y enfrente, al otro lado de la fosa, se yergue la sombra del señor Viot, con la cabeza ladeada y sonriéndose melosamente. Alto y adelgazado, con su traje de luto pegado al cuerpo, se destaca sobre el cielo ceniciento, como una enorme langosta negra y empapada.

Luego me encuentro solo al lado de Pierrotte. Seguimos por el arrabal Montmartre abajo. Pierrotte busca un carruaje y no lo encuentra. Yo marchó á su lado, sombrero en mano; se me figura andar aún detrás del féretro. A través del arrabal las gentes se vuelven para contemplar á aquel hombre obeso, que pide un simón por misericordia, con lágrimas en los ojos y á aquel niño, que le sigue, desnuda la cabeza á la batiente lluvia.

Y vamos andando, andando siempre. Me siento postrado, la cabeza me pesa enormemente. Por fin, ahí está el pasaje del Salmón, ved la antigua casa Lalouette con sus pintadas contraventanas, chorreando verdes gotas de agua. Sin detenernos en la tienda, nos dirigimos á la habitación

de Pierrotte. Al llegar al primer piso las fuerzas me abandonan y caigo sentado sobre una grada. Imposible seguir adelante. La cabeza me... Entonces Pierrotte me coge entre sus brazos, y en tanto que me sube á su casa, medio muerto y dando diente con diente á impulsos de formidable calentura, oigo el ruido del granizo al rebotar sobre los cristales del pasaje y el agua de los canalones cayendo con estrépito sobre el patio. Y va lloviendo, lloviendo. ¡Cómo llueve, Dios mío!

XVI

Termina el sueño

Poquita Cosa está enfermo; Poquita Cosa se muere. Ante el pasaje del Salmón han extendido una capa de arena, y al verla dicen los transeuntes:

—Por allá arriba se estará muriendo algún viejo ricachón.

No es viejo ni ricachón el que se muere: es Poquita Cosa. Todos los médicos le han desahuciado. Dos fiebres tifoideas en un par de años son demasiado para que la resista un cerebro de pájaro-mosca como el suyo. ¡Ea, aprisa, que enganchen el coche fúnebre! ¡Prepare la langosta de marras la varilla de ébano y ensaye su contristada sonrisita! Poquita Cosa está enfermo; Poquita Cosa se muere.

¡Ved cuánta consternación reina en la antigua casa Lalouette! Pierrotte no duerme, los ojos negros andan desesperados, la señora de gran mérito hojea con frenesí el manual de Raspail, y se encomienda al bienaventurado San Alcanfor, rogándole obre un nuevo milagro en el pobrecito enfermo. El salón junquillo permanece cerrado, mudo el piano, enclavada la flauta. Pero lo más aflictivo y desgarrador, es una mujer vestida de luto sentada en los rincones de la casa, haciendo calceta desde que amanece hasta ltá noche y llorando todo el día sin despegar los labios.

Y mientras en la antigua casa Lalouette no se oyen si no quejidos y lamentos, Poquita Cosa permanece blandamente acostado en anchuroso lecho de plumas sin percibir, ni sospechar siquiera, que á su alrededor se viertan

por él tan abundantes lágrimas. Tiene los ojos abiertos; pero no ve nada, la imagen de los objetos no llega hasta su espíritu. Tampoco oye nada, más que un zumbido sordo, una especie de confuso redoble, cual si por orejas tuviese dos grandes caracoles marinos de los de bordes rojizos, dentro los cuales se percibe el mugido del mar. Tampoco habla, ni piensa; parece una flor enferma. Con que le apliquen una compresa de agua fría en la frente y le pongan en la boca un terroncito de hielo, ni pide ni apetece más. Cuando el hielo se derrite ó se seca la compresa al fuego que arde en su cráneo, lanza un gruñido: esta es su única conversación.

Así transcurren muchos días,—días sin horas, días caóticos,—pero á lo mejor, cierta mañana, Poquita Cosa siente una sensación extraña. Parecele como que acaben de extraerle del fondo del mar: sus ojos ven, sus orejas oyen: respira, se incorpora: la maquinilla de pensar, de rodajes más finos que cabello de hada, que dormía en un rincón de su cerebro, se despierta y pone en movimiento, al principio con lentitud, luego un poco más deprisa, y por último con loca rapidez.—¡Tiel!... ¡Tiel!... ¡Tiel!...—parece que va á saltar. Bien se conoce que la tal maquinilla no se fabricó para estar parada y que pretende recobrar el tiempo perdido... ¡Tiel!... ¡Tiel!... ¡Tiel!... Las idas se cruzan y se enredan como hilos sutiles.

—Dios mío ¿dónde estoy? ¿De dónde ha salido esta cama tan holgada? ¿Y aquellas tres señoras, qué hacen en la ventana?... ¿Y la que lleva luto y está de espaldas, quién será?... Casi diría que...

Para ver mejor á la enlutada á quien pretende reconocer, Poquita Cosa se incorpora penosamente sobre el codo y se asoma fuera del lecho; pero en el mismo instante retrocede amilanado... En mitad del aposento, frente por frente de la cama, divisa un armario, un armario de nogal muy grande, adornado con viejos herrajes trepadores en su parte delantera. Bien lo reconoce el tal armario, como que lo vió en sueños, sí, durante aquella horrible pesadilla... ¡Tiel!... ¡Tiel!... ¡Tiel! La máquina de pensar vuela rauda como el viento. ¡Oh! Ya va haciendo memoria. El «hotel» Pilois, la muerte y el entierro de Jacobo, su llegada á la habitación de Pierrotte, el ruido de la lluvia, todo lo vuelve á ver, se acuerda de todo. ¡Pobre muchacho! Apenas re-

nacido á la existencia, renace el dolor en él, y su primera modulación es un gemido.

A ese gemido, las tres mujeres que trabajaban junto á la ventana se estremecen, y una de las tres, la más joven, se levanta gritando:

—¡Hiel!... ¡Hiel!... Y corre en volandas hacia la chimenea, coge un terrón de hielo, lo presenta á Poquita Cosa; pero Poquita Cosa no quiere... Rechaza con suavidad la mano que anda en busca de sus labios, ¡pardiez! una mano asaz suave para enfermera. Y á todo evento dice con voz trémula:

—Buenos días, Camila...

Camila Pierrotte se muestra tan asombrada de oír hablar al moribundo, que se queda estática, con el brazo tendido, la mano abierta y el transparente terrón de hielo temblándole en la punta de los dedos sonrosados por el frío.

—Camila, muy buenos días,—repite Poquita Cosa... Ya la conozco á usted... Ahora sí que tengo la cabeza clara... ¿Y usted?... ¿Me ve?... Por favor ¿puede verme?

Camila Pierrotte abre los ojos en redondo.

—¿Pregunta usted si puedo verle?... ¡Ya lo creo!...

A la idea de que el armario ha mentido, puesto que Camila Pierrotte no es ciega ni mucho menos; al considerar que la horrible pesadilla no se ha confirmado totalmente, Poquita Cosa recobra algún valor y se arriesga á articular nuevas preguntas:

—Habré estado muy malo, ¿verdad, Camila?

—Oh, sí, Daniel, muy malo...

—¿Y hace ya mucho tiempo que guardo cama?

—Mañana precisamente cumplen tres semanas.

—¡Misericordia divina!... ¡Tres semanas!... Hace ya tres semanas que mi pobre Jacobo...

No acabó la frase, y llorando como un niño sepultó su cabeza en la almohada.

En este momento entro Pierrotte en el cuarto precediendo á un nuevo médico. (Por poco que durara la enfermedad iba á intervenir en ella la Academia de Medicina en masa.) Este nuevo médico es el doctor «Baum Brum», buen mozo si los hay, que despacha sus visitas en un periquete, y poco amigo al parecer de abrocharse los guantes en la cabecera de los enfermos. Se aproxima á Poquita

Cosa, le toma el pulso, le examina los ojos y la lengua y luego volviéndose á Pierrotte, dice:

—¿Pero qué demontre decía usted?... Si este muchacho está curado.

—¡Curado!...—exclama el buen Pierrotte juntando las manos.

—Tan curado y fuera de peligro que ahora mismo van ustedes á echar todo el hielo por la ventana, sirviendo al enfermo un alón de gallina que podrá remojarlo con un sorbo de ¡Saint Emilión!... Ea, señorita, no se aflija usted: dentro de ocho días verá usted andar por la casa á ese mocito burla-la-muerte, yo se lo abono á usted... Pero de aquí á entonces, precisa que esté en cama bien quietecito: que no reciba impresiones ni sacudimientos de ningún género... Eso sí que es de todo punto indispensable... Por lo demás dejemos obrar á la naturaleza, que ella sabe mejor que ustedes y que yo mismo de cuidar enfermos...

Tras de estas palabras el ilustre doctor «Baum Brum», da un capirotazo al mocito burla-la-muerte, dirige una sonrisa á la señorita Camila y se aleja á paso vivo seguido del buen Pierrotte, que llora de gozo y repite sin cesar:

—¡Ah, señor doctor!... Es el caso de decirlo... ¡Sí, sí... es el caso de decirlo!...

Camila se queda para hacer dormir al enfermo; pero éste se resiste con gran energía.

—No se marche usted, Camila, se lo suplico... No me deje solo... ¿Cómo quiere usted que duerma con los pesares que me afligen?

—Sí, Daniel, es necesario... Es preciso que duerma usted. Necesita descansar... ¿No ha oído al médico?... Vaya, entre usted en razón, cierre los ojos y aleje todo pensamiento. Luego vendré á verte... y si ha dormido le prometo pasar aquí un buen rato...

—¡Ya duermo!... ¡Ya duermo!...—dijo Poquita Cosa cerrando los párpados. Mas luego mudando de consejo:—Una palabra, sólo una palabra, Camila... ¿Quién es aquella mujer vestida de negro, que ha poco andaba por ahí?

—¿Una mujer... vestida de negro?...

—Sí, ya sabe usted á quien me refiero: una mujer baja de estatura, que trabajaba á su lado en la ventana... Ahora ya no está; pero la he visto, vaya si la he visto, hace un momento, estoy seguro.

—¡No es posible Daniel! De fijo que se engaña... Aquí he trabajado toda la mañana sola con la señorita Tribou, ya sabe usted, su antigua conocida, la señora Tribou, á quien solía usted llamar señora de gran mérito... pero la señora Tribou no viste de negro... Precisamente va siempre con el mismo traje y este es verde... De veras, no sé que haya en casa quien vista de negro... Sin duda será una alucinación de usted... Quizás lo habrá soñado... Duerma usted... Me voy.

Camila Pierrotte sale corriendo del cuarto llena de turbación y con las mejillas encendidas, cual si acabara de mentir.

Poquita Cosa se quedaba solo; pero no creais que duerma por eso. La maquinilla de los tenues rodajes hace mil diabluras en su cerebro. Los hilos sutiles se cruzan y enredan... Piensa sin cesar en su adorado Jacobo, que yace en Montmartre bajo una alfombra de hierba; piensa asimismo en los ojos negros, en esos luceros oscuros que la Providencia al parecer encendió adrede para él, y que ahora...

Aquí, se entreabre suavemente, muy suavemente, la puerta del cuarto, como si alguien pretendiera entrar; pero casi al propio tiempo se oye á Camila Pierrotte diciendo en voz muy queda:

—No entre usted, por Dios... Si llegara á despertar, la emoción le mataría...

Y he aquí que la puerta se cierra de nuevo suavemente, muy suavemente, tal como se abriera. Por desgracia una falda negra se queda cogida en el encaje y Poquita Cosa percibe la falda desde la cama.

El corazón le da un vuelco; se iluminan sus ojos y alzándose sobre el codo, se pone á gritar:

—¡Madre mía!... ¡Madre mía!... ¿Por qué no viene á darme un beso?...

La puerta se abre nuevamente... La mujer del traje de luto no pudiendo aguantar más se precipita dentro del cuarto; pero en vez de encaminarse al lecho se dirige al otro extremo de la estancia con los brazos abiertos y llamando:

—¡Daniel!... ¡Daniel!...

—Estoy aquí, mamá...—grita Poquita Cosa, tendiéndole los suyos, loco de contento.—Estoy aquí ¿no me ve usted?

Y entonces la señora Eyssette, volviéndose á medias hacia el lecho y andando á tientas con las manos temblorosas, responde con voz desgarradora:

—¡Ay, tesoro de mis entrañas!... No te veo, no... ni he de verte nunca más... ¡Me he quedado ciega!

Al oír esto Poquita Cosa articula un chillido y cae de espaldas sobre la almohada.

Ciertamente no ha de parecer tan extraordinario que la pobre señora Eyssette tuviese sus divinos ojos abrasados por el llanto tras veinte años de miseria y sufrimientos, habiendo perdido á dos hijos, viendo á su hogar en ruinas y á su marido ausente. Pero, por lo que atañe á Poquita Cosa ¿puede darse más espantosa coincidencia con su pesadilla? El destino no podía reservarle al final un golpe más rudo. ¿Llegará á resistirlo? ¿No morirá de ésta?

No... Poquita Cosa no morirá. Es preciso que viva... ¿Qué sería sin él, de su pobre madre, ciega? ¿De dónde podría sacar nuevas lágrimas para llorar por la pérdida de su tercero y último hijo?... ¿Qué sería del señor Eyssette, víctima del honor comercial, nuevo Judío Errante de la vinicultura que no tiene tiempo siquiera para correr á dar un abrazo á su hijo enfermo, ni para ir á colocar una triste flor sobre la sepultura de su hijo difunto?... ¿Y quién se encargaría de reconstituir el hogar perdido, el hermoso hogar de la familia, en que ambos pobres viejos han de ir algún día á calentar sus ateridas manos?... No, no: Poquita Cosa no quiere morir; al contrario se agarra á la vida con todas sus fuerzas... Hanle dicho que para sanar más presto, necesitaba no pensar; pues bien, no piensa; que no tenía que hablar, pues bien, enmudece; que no tenía que llorar, pues bien, no llora... Da gusto verle tendido en la cama, apacible como nunca, con los ojos abiertos y jugueteando con las borlas del edredón para distraerse... ¡No se dará convalecencia de canónigo más tranquila que la suya!

Toda la casa Lalouette se agrupa silenciosa á su alrededor: la señora Eyssette pasa el día al pie de la cama haciendo calceta, y es tal la costumbre que tiene la pobre ciega de manejar las largas agujas, que trabaja con la misma soltura que si pudiese valerse de la vista. También permanece allí la señora de gran mérito y á cada instante se asoma por la puerta el regocijado semblante del buen Pierrotte. Nadie, ni el mismo flautista, deja de subir cua-

tro ó cinco veces al día á preguntar por su estado; si bien, á decir verdad, el flautista no va por el enfermo, pues lo que le atrae con preferencia es la señora de gran mérito. Desde que Camila Pierrotte hubo de decirle de la manera más formal que nada quería con él ni con su flauta, el fogoso instrumentista se dejó caer sobre la viuda Tribou, entendiendo que no por ser menos rica y guapa que la hija del cevenol, estaba por eso totalmente desprovista de encantos y economías. Y el flauta no perdió el tiempo con la romancesca matrona, pues á la tercera sesión ya había boda en la atmósfera y se hablaba vagamente de poner una herboristería en la calle de los Lombardos con los ahorros de ella. Pues bien, para que no se entibiaran tan lindos proyectos, subía con tanta frecuencia el joven «virtuoso» á tomar noticias.

¿Y la señorita Pierrotte? ¿Cómo es que no se habla de ella? ¿Por ventura no está ya en la casa?... Sí; pero desde que el enfermo se encuentra fuera de cuidado, se abstiene cuanto puede de entrar en el cuarto. Si entra alguna vez, es sólo de paso para recoger á la ciega y acompañarla á la mesa; pero á Poquita Cosa no le dirige nunca una sola palabra... ¡Ay! ¡qué diferencia con los tiempos aquellos de la rosa encarnada en que para decir «Te amo» se abrían los ojos negros cual dos flores de terciopelo! El enfermo suspira desde la cama al pensar en las dichas perdidas. Claramente ve que ya no le quieren, que se apartan de él, y hasta le tienen horror; pero él se lo quiso, y no tiene derecho de quejarse. Y ¡ay! en medio de tantas aflicciones y tristezas le habría sido tan grata una sombra de amor con qué reconfortar su corazón y poder verter algunas lágrimas sobre unos hombros amigos... Pero en fin, hecho está el mal,—se dice el pobre chico;—no pensemos en ello, demos tregua á inútiles desvarios... que ya no debo pensar en ser dichoso, sino en cumplir con mi deber... Mañana hablaré á Pierrotte...

En efecto, al día siguiente, á la hora en que el cevenol atraviesa el cuarto á paso de lobo para bajar á la tienda, Poquita Cosa, que desde que amaneció estaba atisbando por entre las cortinas, llama con voz queda: ¡Señor Pierrotte!... ¡señor Pierrotte!...

Pierrotte se aproxima al lecho y el enfermo entonces, asaz, conmovido y con los ojos bajos:

—Como que mi curación anda tan adelantada, señor Pierrotte, hemos de hablar seriamente... No pretendo daros las gracias de lo que estáis haciendo así por mi madre como por mí...

Viva interrupción del cevenol:

—Señor Daniel, ¿quiere usted callar?... No hago más que lo que debo... así se convino con el señor Jacobo...

—Sí, ya sé, Pierrotte, ya sé que sobre el particular me habéis de dar siempre la misma contestación... No es de eso, pues, de lo que deseo hablaros: al contrario, os he llamado para peñiros un nuevo favor... Tengo barruntos de que él dependiente va á dejaros cuanto antes; pues bien ¿queréis tomarme en su lugar? ¡Ah! señor Pierrotte, dejadme explicar, no me digáis que no sin haberme oído hasta el fin... Sé de sobras que me he portado como un bellaco que no tengo el menor derecho de vivir entre vosotros... Hay en la casa alguien á quien mi presencia mortifica, alguien á quien le es odioso verme, y con razón. Pero oid, si me las compongo de suerte que nunca más me vea, si me obligo á no subir acá nunca más, permaneciendo en la tienda de continuo, si estoy en vuestra casa sin estar en ella, como los perros de custodia que no entran nunca en la habitación de su dueño, decidme, ¿podrías admitirme con estas condiciones?

Pierrotte tuvo vehementes impulsos de coger la rizada cabeza de Poquita Cosa entre sus gruesas manos y besarla con transporte; pero se contuvo, y con fingida calma, respondió:

—¡Caramba!... Oiga usted, señor Daniel, antes de dar á usted una contestación, necesito consultar el caso con la chica: por lo que á mí respecta la proposición me place en extremo; pero ignoro si la chica... Ea, vamos á verlo. Ya debe haberse levantado... ¡Camila!... ¡Camila!...

Camila Pierrotte, madrugadora como una abeja, se disponía á regar el rosal encarnado de la chimenea del salón, y se presenta vistiendo un lindo peinador de mañana, con el pelo atado á la chinesca, jovial, pizpireta, oliendo á flores.

—Oye chica,—le dice el cevenol:—ahí está Daniel que acaba de proponerme le tome en sustitución del dependiente... Pero como teme que su presencia aquí ha de serle algo penosa...

—¡Penosa á mí!—interrumpe Camila Pierrotte, completamente demudada.

No dice más; pero los ojos negros se encargan de concluir la frase. Sí, los mismos ojos negros de otros días se aparecen á Poquita Cosa, profundos como la noche, luminosos como los luceros y clamando: «¡Amor! ¡amor!...» con pasión y con un fuego tal, que prende é inflama el corazón del pobre convaleciente.

Pierrotte entonces, riendo para su capote, dice:

—¡Carapel!... Niños, explicáos vosotros mismos... Creo que en todo eso habrá mediado una mala inteligencia.

Y se encamina á la ventana, y con la punta de los dedos tamborilea una tonada de su tierra sobre los cristales, hasta que, presumiendo que ya se habrán explicado suficientemente:—¡Qué hombre! ¡Pues si apenas habían tenido tiempo de decirse tres palabras!...—se aproxima de nuevo y les contempla:

—Y bien, ¿cómo estamos?

—¡Ah! Pierrotte,—exclama Poquita Cosa tendiéndole las manos:—Camila es tan buena como vos... ¡me ha perdonado!

A partir de este momento la convalecencia del enfermo anda á marchas dobles... ¡No qué no!... Los ojos negros no desamparan el cuarto ni un momento. Transcurren los días en proyectos para lo porvenir, se habla de boda y de la reconstrucción del hogar... se habla también del pobre mamá Jacobo y su nombre sólo hace verter sentidas lágrimas... Pero ¿qué importa? Hay amor en la antigua casa Lalouette; á la legua se conoce. Y si alguien se admira de que el amor pueda florecer entre duelos y lágrimas, diríjase al cementerio y verá un sin fin de florecillas brotando en las hendiduras de los sepulcros.

No se crea, por otra parte, que la pasión haga olvidar sus deberes á Poquita Cosa. Por bien que se halle en el holgado lecho, entre la señora Eyssette y los ojos negros, arde en deseos de estar curado para levantarse y bajar á la tienda; no porque la porcelana le tiente que digamos, sino porque suspira, por inaugurar la vida nueva de abnegación y trabajo de que mamá Jacobo le diera tan admirables ejemplos. Después de todo ¿no vale más vender vaji-lla en un pasaje, como decía la trágica Irma, que empuñar la escoba y barrer el colesio Oulv ó recibir una silba en

Moniparnasse? De la Musa ya ni se habla. A Daniel Eyssette continúan gustándole los versos; pero no los suyos, y el día que el impresor, cansado de guardar en depósito los nueve cientos noventa y nueve ejemplares de la «Comedia pastoral», se decide á mandarlos al pasaje del Salmón, el malaventurado poeta tiene valor para decir:

—¡Al fuego todo eso!

A lo que, mejor aconsejado, responde Pierrotte:

—¡Cómo al fuego!... De ninguna manera... Interinamente vayan á la tienda, y ya veréis cómo los utilizo... Es el caso de decirlo... Justamente dentro de poco he de hacer un envío de hueveras á Madagascar. Tengo entendido que en aquella tierra desde que vieron á la señora de un misionero inglés comiendo huevos pasados por agua con huevera, no quieren ser menos que ella... Así, con vuestro permiso, señor Daniel, envolveremos las hueveras con las hojas de esos librotos...

Efectivamente, quince días después, partía la edición de la «Comedia pastoral» para el país de la ilustre Raná-Voló. ¡Concédale Dios mejor fortuna que la que obtuvo en París!

Y ahora, amable lector, antes de poner punto final á la presente historia, deseo introducirte por última vez en el salón junquillo. Estamos al comenzar la tarde de un domingo, un hermoso domingo de invierno (frío, seco y sol espléndido). Toda la casa Lalouette resplandece. Poquita Cosa sano por completo, deja la cama por primera vez. Por la mañana, en celebración de tan extraordinario suceso, sacrificáronse á Esculapio varias docenas de ostras remojadas por un excelente vinillo blanco de Turena. Ahora se hallan todos reunidos en el salón. El ambiente es agradable: arde la chimenea y el sol labra plateados paisajes en los cristales tomados de escarcha...

Poquita Cosa sentado en un taburete, ante la chimenea, á los pies de la pobre ciega adormecida, está cuchicheando con la señorita Pierrotte, más encarnada que la rosa que ostenta en su tocado... Se comprende, ¡hallándose tan junto al fuego!... De vez en cuando óyese ora un ruido como de ratón que roe (es la cabeza pajaril que picotea en un rinconcito) ora un grito de angustia (es la señora de gran mérito, en las de perder á los naipes la suma destinada para poner la herboristería). Contemplan ustedes por fa-

vor los aires triunfantes de la señora Lalouette que gana, y la inquieta sonrisa del tocador de flauta que pierde.

¿Y el señor Pierrotte? ¡Ah! El señor Pierrotte no está lejos... Vedle algo más allá metido en el hueco de la ventana, semiescondido entre la gran cortina junquillo, silencioso, sudorosa la frente, abstraído en una tarea que le absorbe por completo. Sentado á un velador lleno de compases, lápices, reglas, escuadras, pinceles y tinta china, traza extraños caracteres sobre un gran cartelón de papel de dibujar. La obra lleva trazas de salir á gusto suyo, pues de cinco en cinco minutos, retira la cabeza, la ladea un poco y sonríe y se relame al contemplar el pintarrajo.

¿Qué significa este trabajo misterioso?

Esperen ustedes: vamos á saberlo dentro de poco... Pierrotte ha concluido... Sale furtivamente de su escondite, camina de puntillas yendo á colocarse detrás de Camila y de Poquita Cosa, y de repente, plantádoles el cartelón ante los ojos exclama:

—Vamos á ver tortolillos, ¿qué os parece eso?

Suenan dos exclamaciones:

—¡Papá!...

—¡Señor Pierrotte!...

—¿Qué es eso?... ¿Qué hay?...—pregunta la pobre ciega despertando sobresaltada...

Y Pierrotte lleno de alborozo:

—¿Pregunta usted qué es eso, señora Eyssette?... Es... es el caso de decirlo... nada, el proyecto de la muestra que dentro de algunos meses vamos á colocar sobre la puerta de la tienda. Vaya, señor Daniel, léala usted en voz alta para que pueda juzgarse del efecto.

Poquita Cosa dirige desde lo más íntimo de su corazón una lágrima postrera á las mariposas azules, y tomando el cartelón con ambas manos; ¡ea, Poquita Cosa, sé hombre una vez en la vida! con voz firme y segura lee esta muestra de tienda que contiene su porvenir, trazado con letras de á palmo:

PORCELANA Y CRISTALES
Antigua casa Lalouette
EYSSETTE Y PIERROTTE
SUCESSORS

BIBLIOTECA DE NUESTRO LEÓN
"ALFONSO DE ALS"
MUSEO DE HISTORIA Y ARQUITECTURA



